

que hablaban los romanos y su papel como elemento definidor de una identidad de clase. El objetivo del capítulo es mostrar cómo los romanos hacían particular hincapié en no confundir el griego que hablaban (una verdadera creación lingüística romana, un griego construido como “diferente”) con el de los griegos mismos. Así, es posible explicar cómo el griego podía ocupar un rol central en la cultura latina sin que por ello implicara abandonar la propia identidad romana. A través de ciertas prácticas discursivas que buscaban diferenciar una lengua “cultura”, eficaz para ser utilizada como medida de identidad por la aristocracia, del griego hablado por miembros de baja extracción social (como los esclavos), los romanos consiguieron, paradójicamente, definir discursivamente su identidad a través del uso de la lengua griega.

A lo largo de capítulo, se analizan conceptos como *urbanitas*, *latinitas*, *eruditio*, entre otros, que permiten clasificar y diferenciar el griego de los romanos, nunca dissociado del latín, con el que permanentemente guarda una relación de influencia mutua.

Pierre Cordier, autor del segundo capítulo, “Les habits grecs du baigneur romain: pourquoi les équipements de loisir romain et leur personnel portent-ils des noms à la grecque?”, nos presenta un aspecto particular del griego: el ser tomado como reservorio de términos técnicos que permiten hacer referencia a objetos y prácticas de origen extranjero. Para ello, se centra específicamente en un espacio del *otium* romano como son los baños. Términos como *balneum*, *thermae*, *gymnasium*, entre otros, son préstamos del griego pero, y aquí una vez más la paradoja está presente, su significado es invertido en latín para denominar nuevas realidades

Así, por ejemplo, *thermae*, no es en realidad un nombre griego, sino “a la griega”, que se utiliza para señalar que el tipo de práctica que designa en latín es considerada, dentro de la cultura romana, como griega. De este modo, junto con otras palabras que utiliza el latín para indicar diferentes partes del complejo balneario (como *palaestra*), nos remite a lo que Cordier considera como “el imaginario griego de los romanos”. La utilización de este léxico funciona, entonces, como elemento legitimador de ciertas prácticas, y muestra que hablar griego permitía también inventar prácticas específicamente romanas.

“‘Les candelabros corinthiens n’existent pas:’ comment les Romains ont inventé un art grec à usage romain”, es el nombre que recibe el tercer capítulo escrito por Catherine Baroin. Centrado en el campo del arte, el artículo parte de un pasaje de Plinio que trata sobre el origen del bronce corintio y los candelabros de la misma procedencia. El punto clave de ambos relatos es la conquista romana, ya que la aleación que formó el bronce se forjó bajo el fuego de la ciudad tomada por el ejército latino y la designación de “corintio” para los candelabros de bronce se difundió, asimismo, por la victoria de Mumio sobre la ciudad griega. Así, el adjetivo “corintio” no destaca, paradójicamente, el origen griego del material sino la injerencia romana en su etiología, dejando en claro que la nueva realidad creada es, de forma indisociable, griega y romana a la vez: una realidad “existente” (la materialidad del bronce) y una “inexistente” (no había candelabros corintios antes de la conquista romana).

Siguiendo el minucioso desarrollo de esta idea, podemos apreciar cómo ciertas prácticas verbales “nombran” de una forma particular determinados objetos artísticos -conocidos a partir del contacto producido por la conquista y reinsertados dentro del espacio cultural del *otium* romano-. A través de esta denominación, se construyen discursivamente esos objetos y lugares como elementos determinantes para definir los contornos de una Grecia imaginaria, una Grecia de y para Roma, la cual, por un lado, mediatiza necesariamente la relación entre los romanos y el arte, y por el otro, en su integración dentro de la sociedad, colabora en la percepción de los miembros de la elite como eminentemente romanos, en tanto han integrado una parte de la “grecidad” en su identidad.

Los capítulos cuatro y cinco encaran, desde diferentes perspectivas, una reflexión sobre los procesos de traducción en Roma.

Renaud Boutin se ocupa de la relación entre Cicerón y Demóstenes en “Quand Démosthène parle latin. Le rôle des orateurs grecs dans la définition cicéronienne de l'éloquence”, cuarto capítulo de esta obra. A lo largo de una clara exposición, el autor explica el proceso de transformación radical que debió afrontar la figura de Demóstenes para poder encarnar, como lo presenta Cicerón, el ideal del perfecto orador. Con este fin, veremos cómo se plasma toda una construcción ficcional, en la medida en que se le atribuyen a Demóstenes las cualidades romanas indispensables para esta función –hasta el punto de llegar a ser un romano ejemplar, digno de *imitatio*- y se lo caracteriza según la regla romana del estilo y del *decorum*, hasta convertirlo en el ideal ciceroniano de la elocuencia como enunciación.

Tomando como punto de partida la siguiente reflexión: “si el orador ideal es un griego que habla latín, ¿la elocuencia en Roma es una “forma griega de hablar latín”?, el autor despliega algunas de las problemáticas fundamentales de la práctica oratoria romana que se hallan como trasfondo de todo este proceso de construcción ciceroniana, tales como la relación entre la oratoria romana y su teorización por parte de la retórica griega, la disputa entre asianismo y aticismo y la misma consideración del lugar de Cicerón como traductor.

Por su parte, el capítulo cinco, “Plaute ‘fils du bouffeur de bouillie’ *Pultiphagonides*. La *palliata* est-elle une comédie grecque en latin?”, escrito por Florence Dupont y enmarcado en la famosa disputa sobre la originalidad de la comedia latina, aborda, desde una perspectiva renovadora, la relación entre las piezas de Plauto y la comedia *Néa*. El aspecto más interesante del planteo es que se aparta de los términos tradicionales de la cuestión –tales como copia, intertextualidad, contaminación, etc.- para considerar el proceso de construcción que lleva adelante el texto latino para instalar en el teatro una Grecia imaginaria, que se representa a ella misma en términos romanos. Así, a través del análisis de la vestimenta, el calzado, el cambio de nombre de la comedias, entre otros aspectos, muestra cómo la comedia *palliata* conjuga, por un lado, la presencia de una Grecia “exterior”, “real”, lugar referencial de cultura para todo romano y de donde provienen las obras que funcionan como hipotextos cómicos; por el otro, una Grecia “romana”, a la que pertenece el espectáculo teatral, y cuya inclusión en la romanidad se da a partir de que todo tiene lugar en el espacio (griego) de los placeres romanos (el amor, el banquete, el lujo,

etc.), espacio privado, él mismo inserto en este otro espacio público, de placeres y de *otium*, como es el de los juegos.

El *uertere* latino, entonces, consiste, según Dupont, en transformar el enunciado de una auténtica comedia griega en el enunciado de una comedia a la griega para romanos. De esta forma, la llamada “traducción” se vuelve un proceso a través del cual se hace hablar en latín a autores griegos pero reinsertados en un contexto enunciativo diferente (los juegos romanos), lo cual hace que se produzca un inevitable cambio en el enunciado.

En “Les ‘installations’ grecques dans les dialogues de Cicéron. Oû et comment faire de la philosophie en latin”, sexto capítulo de la compilación, Clara Auvray-Assayas nos vuelve a enfrentar con Cicerón, pero en esta oportunidad desde un punto de vista filosófico. A través de un recorrido a la vez espacial e intelectual, la autora nos conduce por los “lugares” físicos y filosóficos de la creación ciceroniana con el objetivo de mostrar cómo la escenografía en la que se desarrollan los diálogos excede el aspecto decorativo para constituirse como espacio intelectual en el que se hacen patentes las construcciones filosóficas que estructuran la reflexión de Cicerón. Así, la palabra “instalación” se aproxima al sentido moderno del término, vinculado con el campo artístico, en la medida en que la mención de diversos espacios crea, en cierto sentido, una sensación de discontinuidad y cuestionamiento y compromete al lector, pues estas referencias no son simples piezas de museo sino engranajes que necesitan de su mirada para ponerse en funcionamiento.

De esta forma, se podrá apreciar en el desarrollo del capítulo la necesidad ciceroniana de construir una *auctoritas* a partir de la cual pueda legitimar la práctica abierta y “pública” de la filosofía y el espacio dentro del cual esa práctica pueda actualizarse.

Finalmente, el capítulo siete, “Rome dans la balance. La poésie augustéenne imite-t-elle la poésie grecque?”, escrito por Maxime Pierre, explora la construcción de los poetas augustales, en particular Horacio, como *primus auctor*, a fin de consolidar una nueva forma de escribir, acorde con las innovaciones políticas y culturales que introduce Augusto.

Tras tomar como punto de partida la pregunta acerca de la influencia de la helenización en la literatura latina -¿después de la helenización existe una “poesía latina?”, “¿en la época de Augusto todavía es “romana” o imita a la poesía griega?”- el autor centra sus reflexiones en Horacio y su proyecto de construir una poesía monumental romana. Para ello, parte de la poesía arcaica, la cual Horacio considera como proveedora de la base primitiva no griega que es origen de su propia práctica contemporánea. Sin embargo, este pasado, caracterizado por la *rusticitas*, se opone al hombre romano educado y *doctus*, que encarna el ideal del principado. Se produce, entonces, un desplazamiento, ya que a los ojos de Horacio, en virtud de su aspereza y su carencia técnica, Enio no puede cumplir el rol de *alter Homerus*. El lugar vacante que deja esta ausencia en el sistema de equivalencias -que la tradición literaria latina traza en relación con el canon griego- es suplido en Horacio por el nuevo ideal de la poesía augustal. Ahora bien, para instaurar esta nueva poesía, es esencial dotar a la obra del peso de la *auctoritas* que la valide como espacio fundador, y de un *auctor* que la difunda y garantice. Así, Pierre analiza con detalle cómo, desde un punto de vista literario,

su legitimación proviene de la filiación con un autor griego -el cual cuenta con el peso de su estatus- y de su posicionamiento como doble de ese autor, *primus* dentro del canon literario romano

Las palabras finales, “L’altérité incluse. L’identité romaine dans sa relation avec la Grèce ”, escritas por Florence Dupont, son una interesante síntesis de las ideas desarrolladas en el libro y una recapitulación imprescindible para comprender de forma acabada los alcances de esta obra. El epílogo revisita las conclusiones de cada uno de los artículos y, a su vez, las relaciona entre sí para proyectarlas en una dimensión interpretativa que subraya la unidad conceptual de esta compilación.

Con todas sus contradicciones y paradojas, la Grecia imaginaria de los romanos, que se realiza y se construye en un lenguaje donde el griego y el latín son inseparables, atraviesa la totalidad del libro. La noción de “alterité incluse”^[2] -según la definición de Dupont, el fenómeno de apropiación del otro conservando o exacerbando su alteridad con el fin de construir la propia identidad- se vuelve indispensable para comprender las operaciones que subyacen a esta construcción. La presencia simultánea de una Grecia externa –asociada a una espacio geográfico y a determinadas características históricas, filosóficas, literarias- y de una Grecia interna –producto de las prácticas verbales y los procesos operados por los romanos sobre su percepción de la “grecidad”- se complementan y se retroalimentan dentro del espacio social de la *urbs*^[3].

Como conclusión, a la luz de esta interesante perspectiva teórica, puede advertirse que la lectura de este libro se vuelve sumamente atractiva para todos aquellos que, desde una perspectiva antropológica, busquen comprender las complejas relaciones de interculturalidad que vincularon a Roma con Grecia, las cuales constituyen un núcleo central en la conformación de la identidad romana.

Silvana A. Gaeta,
Universidad de Buenos Aires (Argentina)

[1] Seminario del Centro Louis Gernet-EHESS, 2000-2001 y 2001-2002, bajo el programa general “Façons romaines de faire le Grec”.

[2] Para un estudio particular sobre este término Cf. F. DUPONT, “Rome ou l’alterité incluse”, *Rue Descartes* 37 (2002), pp. 41-54

[3] De forma complementaria, fue publicado el volumen de la revista *Métis* (2005), *Et si les romains avait inventé la Grèce ?*, fruto también del trabajo de este equipo, cuya lectura completa las temáticas abordadas en esta compilación.